



SE PUBLICA CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

AÑO XII
Núm. 32

Dirección y Administración
CIUDADELA (Menorca).—Obispo Vila, 24

MARZO
1923

EL MANDATO

LAVATORIO DEL JUEVES SANTO

ERA la vispera del día solemne de Pascua. Sabiendo Jesús que había llegado la hora de su tránsito de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos que vivían en el mundo, quiso darles, al fin de su vida, muestras más particulares de su amor.»

Así comienza San Juan la narración del solemne Lavatorio de los pies de los Apóstoles; escena sublime, por la cual diremos, parodiando al Evangelista, que habiéndose humillado Cristo, por los suyos, durante la vida, quiso humillarse, hasta el fin.

Era general, entre los judíos, la costumbre de ofrecer a los huéspedes y convidados agua

con que lavaran sus pies, principalmente, cuando llegaban de viaje. Dióla Abraham a los tres Angeles que hospedó en su tienda, cuando se dirigían a Sodomá; ofrecióla Labán a Eliezer, llegado a Mesopotamia; y el mismo Jesucristo reconvino al fariseo Simón por no haber usado con Él de esta cortesía, cuando le invitó a su mesa; alabando, por el contrario, la conducta de aquella pecadora arrepentida que, postrada a sus divinos pies, los bañaba con sus lágrimas y enjugaba con su hermosa cabellera.

Pero el ministerio de lavar los pies a los convidados, como humilde que era en sí, acostumbraban desempeñarlo los esclavos. Queriendo, sin embargo, Jesús dar a los Apóstoles, en la última Cena, un nuevo testimonio de su amor, y a la par, maravilloso

ejemplo de su humildad, tomó la forma de esclavo, despojóse de su manto, ciñóse una toalla, y arrodillándose a los piés de sus discípulos, con aquellas manos soberanas que fabricaron los cielos, los purificó de la inmundicia terrena y los enjugó, con el sagrado lienzo, de que estaba ceñido.

Razón tuvo Jesús, para exclamar, después de terminada la ceremonia: «Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien: porque lo soy. Pues si Yo, que soy el Maestro y Señor, os he lavado los piés, debéis también vosotros lavaros los piés uno al otro. Porque ejemplo os he dado, para que recordando lo que Yó he hecho con vosotros, así lo hagáis vosotros, también.»

Aunque no deban tomarse en su literal significado las palabras del Salvador, pues, por ellas, sólo, indicaba la obligación de hacer, en favor de nuestros hermanos, los más humildes oficios de caridad, la Iglesia, no obstante, como recuerdo del divino Mandato, ha venido celebrando, en el decurso de los siglos, y en la fiesta del Jueves Santo, la conmevedora ceremonia del Lavatorio. Los monarcas católicos en sus palacios, los monjes en sus monasterios, los Obispos y los Papas, todos dan, en aquel día, público testimonio de la caridad y humildad cristianas.

En la corte de Francia, fué introducida la práctica del Lavatorio por el rey Roberto II el Piadoso (+ 1031), quien lavaba los piés a ciento pobres, y les servía, personalmente, a la me-

sa. El ejemplo fué imitado por sus sucesores y por otros varios soberanos de Europa, incluso los emperadores de Constantinopla.

El santo rey, Fernando III, fué quien comenzó en España la referida costumbre, en el año 1242, y solía lavar los piés a doce pobres, regalarles un vestido y servirles una abundante comida. La misma forma han continuado observando, hasta la fecha, nuestros monarcas, con la única diferencia de que la comida se dá ahora a los pobres en grandes cestas, para que puedan llevarla a sus familias.

Mayor es todavía la antigüedad de esta práctica, entre los Príncipes de la Iglesia, es decir, los Obispos y los Papas. Así lo atestigüa el Concilio XVII de Toledo, celebrado en el año 649, al reprobar la negligencia de muchas iglesias en esta ceremonia que fué objeto de una terminante prescripción.

Por su parte, los Romanos Pontífices, fieles guardadores de las tradiciones eclesiásticas, han seguido escrupulosamente la costumbre del Lavatorio. Trece son los pobres, sacerdotes todos, a quienes el Papa suele lavar los piés, el Jueves Santo; número que recuerda un hecho memorable en la historia del gran Pontífice, San Gregorio el Magno (+ 63). Llevado éste de su tierna compasión y amor hacia los menesterosos, servía diariamente, a la mesa, en su palacio a doce pobres, sacerdotes los más, escogidos en el hospital de la Santísima Trinidad. Observó,

cierto día, que a los convidados, de costumbre, se había agregado un personaje extraordinario, de majestuosa figura, más celestial que humana; era un Ángel que en nombre del Señor había descendido del cielo para sentarse a la mesa y ser, como los pobres, servido por las manos del Pontífice. Como recuerdo de este milagro existe todavía en Roma, en las paredes de la iglesia dedicada al Santo, la siguiente inscripción:

*Bis senos hic Gregorius pascebat
egentes.*

*Angelus et decimus tercius accu-
bit.*

«Aquí Gregorio daba de comer a doce pobres; vino un Ángel, a sentarse a la mesa, para ser el pobre décimotercero.»

Más expresivo aún el Breviario romano, en el Oficio del Santo, refiere que no sólo un Ángel, sino el mismo Señor de los Angeles, se dignó presentarse, en otra ocasión, bajo la figura de peregrino, entre los pobres que asis-

tian a su mesa. Así recompensaba, el Señor, la humildad de aquel su Siervo que, encumbrado a la más alta de las dignidades que existen sobre la tierra, se ocupaba en el infimo ministerio de servir a los peregrinos y necesitados.

«No es el siervo más que su señor», dijo Cristo a sus discípulos después del Lavatorio. Si Él nos dió lecciones tan elocuentes de humildad, si en pos de Él han seguido por espacio de diecinueve siglos millares de Santos, por cuyas venas corría nobilísima sangre, razón es que todos los cristianos abatan su orgullo y presunción y vengan a sacrificarse voluntariamente en favor de sus hermanos. Humildad y sacrificio: he aquí dos grandes virtudes que vemos resplandecer en todos los pasos de la vida de Cristo y muy especialmente en los augustos misterios que la Iglesia conmemora, durante la Semana Santa.

J. LE BRIS.

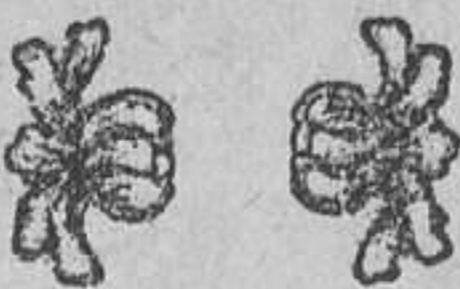
Marzo, 1928.

L' ORACIÓ A L' HORT

UNA pregaria vostres llavis mou.
 Qu' aparti 'l calze suplicau al Parc.
 Heu vist l' eterna voluntad ben clara,
 Pels pecats d' altri, qui us fermava, al jou,
 Aquest moment, ¡quina tristesa enclou!
 Perque 'l sofrir s' és començat, desd' ara!
 Suó de sang banyant-vos cós y cara,
 Patiu, com homo vertades que son.

Atribulat posau, en terra, el rostre;
 L'enteniment crudels dolors vos mostra,
 Y veis, Jesús, que a vostres carns divines
 Ja les flagel-len els jueus a pler:
 Però més que 'ls açots y creu y espines,
 L'ingratitude del cor del homo os fer.

ROSA GORNÉS ALOY.



A CRISTO, MUERTO EN LA CRUZ

(SOLILOQUIO, EN EL DIA DE VIERNES SANTO)

OH Cristo que estás clavado,
 en la cruz sangrienta! ¡Oh
 Jesús que extiendes tus brazos,
 para abrazarme y me muestras
 tu Corazón herido, para decirme
 lo que es amor! ¡Deja que te es-
 treche, contra mi alma y permi-
 teme que imprima en Tí, un efu-
 sivo beso, para poner en él, ente-
 ro, todo mi ser!

Tú, con tu llagado y ensangren-
 tado cuerpo; con tus ojos, al pa-
 recer dormidos, pero, en reali-
 dad, despiertos; con tus sienes,
 coronadas de espinas; con tus
 hombros deshechos, por el peso
 de tu cruz; con tus espaldas lle-
 nas de profundas heridas y tus
 rodillas, cubiertas de cardenales
 crueros, ¡cuántas cosas dices a
 mi alma; cuántos pensamientos
 despiertas en mi mente; cuántas
 verdades me dictas y enseñas ¡oh
 Cristo Crucificado!

Si el dolor lacera mi espíritu,
 Tú me inspiras paciencia; si el
 desengaño me desgarras, Tú me
 hablas de resignación, y si la in-
 gratitud acibara las horas de mi

vida, Tú me mueves a perdón y
 olvido.

Puesto en la cruz cruelísima,
 suspendido entre la tierra y los
 cielos, antes de inclinar tu cabe-
 za, para morir, has hablado, co-
 mo ninguno de los mortales; has
 hablado palabras de eterna vida,
 como fueron siempre las tuyas,
 y tus palabras postreras suenan
 a mis oídos, como despertador
 divino que me llama y me sacu-
 de, a la par que abre, en mí, un
 cauce hondo de amor, y confian-
 za en tus bondades y suavidades
 eternas.

*¡Perdónales, Padre, porque no
 saben lo que hacen!... Si un día,
 Señor, tuviera la desgracia de
 apartarme de tu ley, repite, Je-
 sús, ésta palabra, y sea ella, para
 mí, una fuente de clemencia.
 ¡Mujer, he ahí tu hijo!... Dícelo,
 muchas veces, a María, y Tú,
 mismo, Redentor mío, ponme
 bajo su manto protector; que yo
 la llamaré mi Madre, la invoca-
 ré, en mis necesidades, y espera-
 ré, en ella, en los trances todos*

de mi existencia terrenal. ¡St-
tio!.... ¿Tienes sed, Jesús amabi-
lísimo? ¿Quieres almas? ¡Ah Se-
ñor!, yo a todas les hablaré de
Ti y de tu caridad inmensa y a
todas mostraré las ternuras de tu
Corazón Divino, rasgado, roto,
abierto, de par en par!....

¡Oh Corazón llagado, de Jesús!
Deja que yo recline mi cansada
frente, sobre Tí, y Tú, entonces,
haz descender, sobre ella, tu san-
gre generosa que lava, por sí mis-
ma, las manchas todas del mun-
do, como caudaloso río de crista-
linas aguas, que torna albas, co-
mo la nieve, las más encendidas
púrpuras. Esta sangre que brota
de tu Corazón y cae, sobre la ro-
ca dura del Calvario, esa roca
que, al sentirla, se torna piadosa
y experimenta en sí, fervores, co-
mo de quien comulga; esta san-
gre, Señor, empape, bien, mi ser
todo y lo purifique, lo limpie, lo
llene, lo compenetre, lo dignifi-
que, lo santifique, lo divinize.

¡Oh! si yo pudiese hacerte más
suave, esta tu cruz. ¡Oh! si yo
acertara a convertirla, en tá'amo
de flores y si pudiese trocar tu
corona de espinas, en la más glo-
riosa corona del más glorioso
Rey; porque Tú eres Rey, y lo
eres, por tus dolores, por tus lla-
gas, por tus afrentas, por tus des-

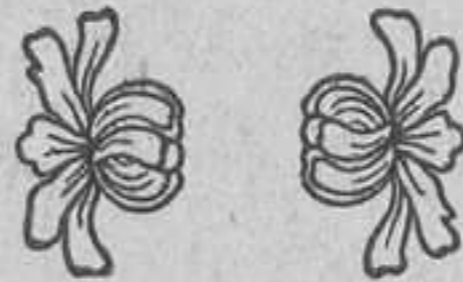
precios, por tu muerte. Aquí te
veo, clavado en una cruz y escar-
necido, pero es bien cierto que no
hay, en el mundo, más hermoso
trono que el tuyo, y está bien pro-
bado que ningún Rey tuvo jamás
tantos vasallos, como los tienes
Tú, ¡Oh Rey, clavado en una
cruz!

¡Salve, pues, ¡oh cruz divina!
mi única esperanza! ¡Salve tron-
co dichoso que mereciste costee-
ner el adorable cuerpo de mi
Dios! ¡Tú eres, ¡oh cruz fiel! ful-
gente misterio de bondad, cuya
cifra quedó en tí escrita, con ca-
racteres de sangre y estremeci-
mientos del sufrir! ¡Salve tú que
eres nuestra bandera, en los com-
bates; nuestro aliento, en las ad-
versidades; nuestro alivio, en las
penas, nuestro consuelo, en los
pesares; nuestra vida, en la muer-
te; y prenda segura de nuestra
eterna salvación!

Y, ahora, ¡oh cruz de Cristo!
permíteme que aprenda, al pié de
mi Dios enclavado, a despreciar,
por su amor, todo otro amor, y
a sufrir, por su dolor, cualquier
dolor y concédeme, propicia, que
otra vez, me une a El, en estre-
cho abrazo!....

JOSÉ TUDURÍ MOLL, *Lectoral*.

Marzo, de 1923.



A JESÚS CRUCIFICADO

Al ver de tus ojos
la vítrea mirada,
en mis venas la sangre se hiela,

y el remordimiento golpea mi alma.
Y es que cuando miro
tu cuerpo, sin vida,
mi conciencia sacude mi sueño,
y airada y terrible ¡verdugo! me grita.

J.




SALMO DEL DOLOR

EN el camino de la vida encontré el *Dolor*. Tétrica faz era la suya; luctuoso crespón le envolvía. Sus labios hicieron una mueca como de histérico.

No quise ver el espectro horrible, y torcí mi rostro. ¡Ay de mí! La férrea mano del espectro detúvome en mi jubilosa marcha.

—¿Qué me quieres? le dije.

—Toma, replicóme.

Y vi en su diestra rebotante copa de ajeno.

Y lloré. Y mis labios se apretaron con tensión nerviosa. ¡Ay de mí! ¡Yo no tenía valor para beber la amarga copa!

—Bebe, mortal, con acento duro díjome el *Dolor*. Bebe y anda.

Y bebí. Y sentí congojas inmensas, dolores como de muerte. ¡Ay de mí! ¡Yo siempre bebiera en la copa de las dichas!

Y caí desfallecido en la senda de la vida. Y pedí fuerzas a las venturas pasadas; y las pasadas venturas enviáronme melancólicas añoranzas! Y pedí alientos a mis juveniles días; ¡y mis días juveniles enviáronme recuerdos empapados en tristísimas nostalgias!

Y pedí consuelo a mis lágrimas; ¡y las lágrimas mías se negaron a

publicar mi pena! ¡Ay! ¡Cayeron como lluvia de fuego sobre el dolorido corazón para quemarlo!

Y quise soñar en dorados días; y quise pintarme seductores cuadros; y quise prometerme embriagueces de dicha con flores y perfumes, con alegría inmensa, con goces del corazón, con himnos de gloria y cantos jubilosos... ¡y no pude! ¡Las ráfagas del otoño que agostan las ilusiones del vivir, quemaron las alas de mi imaginación! No pude soñar: mis cuadros de gloria no tenían colorido.

Y quise llamarle *cruel*.

Y miróme con lánguida mirada.

—Levántate, anda, murmuraron sus labios; y tendió su férrea mano mostrándome el camino, y alargóme su diestra para guiarme.

Y miré. Abrojos, piedras, espinas, maleza, cubrían la empinada senda del monte del *Sacrificio*.

—¡*Dolor!* ¡Ten compasión de mí! ¡*Dolor!*... ¡De mí, pobre joven, tierno y delicado adolescentel!...

—¡Anda! ¡Vamos juntos! oí sonar en mis oídos.

Y volví mi rostro al florido valle. Contempláronle mis ojos por vez postrera: flores, hierbas, musgos, árboles, ríos, fuentes, pájaros, cantos, brisas... que todo eso hubo en el valle de la primavera de mi vida, ¡adiós!

¡Adiós!... ¡Os saluda el triste prisionero del *Dolor* al daros el último *vale!* ¡Salud! .. ¡Y que hagáis felices a otros mortales, como a mí me hicisteis!

Y caminé. Sol ardiente, roca dura, peña abrupta de la cuesta del *Sacrificio*, ¡cuántas congojas me habéis costado! Espinas crueles, punzantes abrojos, confusa maleza de la cuesta del *Sacrificio*, ¡cuántos ayes oísteis de mis labios!...

Arida senda, triste senda, camino lúgubre, un día y otro día, me viste jadeante, exánime, casi muerto, empujado por el *Dolor*, ¡que ni con lágrimas me dejaba ablandar la dureza de tu suelo!

Así... así... caminando, recordando dichas, y tragando hieles hoy, como ayer, sigo trepando la

escarpada cumbre del *Sacrificio*, guiado por el *Dolor*.

El me llevó un día—¡y para ello me embriagó con hiel!—a la cumbre del excelso monte. Y todavía creo aspirar el aire purísimo de las montañas. Y todavía creo ver aquel despejado horizonte bordeado de las rosadas nubes de dicha de un pasado feliz. Y todavía creo mirar aquel cielo azul purísimo, aquel cielo que toca las cumbres del *Sacrificio*. Y todavía creo oír tu voz, hermano mío, mi fiel guía, que me dice lo que un día me dijo: *Per crucem ad lucem*: «Desde las alturas del *Sacrificio*, mira, se ven los dorados esplendores del cielo.»

¡Me hallaba, en el Calvario, al pie de la Cruz!...

H.

CRÓNICA MARIANA

VISITAS AL SANTUARIO DE MONTE TORO.—Completando la relación hecha; en números anteriores, de las personas que, durante el finado año de 1922, acudieron a visitar a la Virgen Santísima en su Santuario de Monte-Toro, podemos manifestar a nuestros lectores que, durante el último trimestre, subieron la Santa Montaña *ochocientas treinta y dos personas*, correspondiendo 468 al mes de Octubre, 206 a Noviembre y 153 al frío mes de Diciembre. Un grupo muy numeroso formado por miembros de las familias de Ciudadela, Pons Bigur, Cortés y Anglada, acudieron, el Domingo día 1.º de Octubre, a visitar a la Virgen San-

tísima acompañando a los Sres. D. Juan Cot y D. Carlos Martí, de la Habana. Asimismo, el Domingo día 8 del mismo mes, el Coro de Santa Cecilia y las Marias del Sagrario de Ciudadela, en número de 29, efectuaron piadosa romería al Santuario de Monte-Toro, presididas por su Director, Rdo. D. Pedro Pons, Pbro., Párroco de la Catedral. Cantaron solemne Misa, bajo la dirección del Rdo. D. José Sintés, Pbro., y practicaron el devoto ejercicio del Via-Crucis, dando ejemplo edificante de fe y de piedad.

BALANCE ANUAL.—Resumiendo ahora las visitas todas, efectuadas durante los varios meses del mencionado año de 1922, conforme acostumbramos hacerlo anualmente, nos dará un total de

seis mil novecientas diez y siete lo cual nos indica que la devoción a la Virgen Santísima de Monte - Toro está firmamente arraigada en el corazón de los fieles menorquines, esforzándose en demostrarlo con obras y recabando de su amadísima Madre protección en sus necesidades. He ahí el balance:

Primer trimestre

Enero	95
Febrero	187
Marzo	492

Total	774

Segundo trimestre

Abril	1028
Mayo	2456
Junio	810

Total	4 294

Tercer trimestre

Julio	320
Agosto	398
Septiembre	1073

Total	1791

Cuarto trimestre

Octubre	468
Noviembre	206
Diciembre	158

Total	832
Total general	6917

Las peregrinaciones o grupos más importantes fueron:

Ciudadela	6
Mahón	7
Alayor	8
Mercadal	4
Ferrerías	5
San Luis	2
San Cristóbal	5
San Clemente	3
Villa-Carlos	3
Forneils	4

Total	47

OBRAS EN MONTE-TORO.—Una nueva obra bien impensada ha necesitado aquel Camarin. El muro de su fondo, donde está el ventanal, que tiene más de un metro de espesor, se vió agrietada en su exterior, en tal forma, que los maestros albañiles juzgaron de toda necesidad una fuerte reparación. Al efecto han sido contruidos en su exterior, dos robustos contrafuertes desde el suelo hasta la altura del tejado, uno a cada lado del ventanal y a alguna distancia del mismo, que en nada impiden la luz.

Sabemos que ahora se están haciendo otras menos importantes reparaciones en la esquina de aquel cuerpo de edificio con el Convento, y que con todas estas reparaciones queda todo perfectamente asegurado.

Sabemos también que a principios de Mayo volverá el maestro marmolista para la construcción del altarcito en el fondo del templete, donde poder decirse Misa, y que en Alayor se están construyendo tres pequeños bancos, de nogal, para descanso de los que llegan fatigados, y que por su forma artística, dada por el Arquitecto, no desdigan del conjunto de belleza del Camarin.

Asimismo será cambiada la montaña que sirve de peana a la Sagrada Imagen, siendo construida de corcho, otra nueva, gracias a la munificencia de una devota persona.

